

pero acaso no exagere el autor como consideración previa que la Argentina puede desaparecer en cualquier momento. Al cabo, en su baldío empeño de reinventar la economía local, los dirigentes del país acaban autorizando nuevos y más firmes datos para el pesimismo. La opción fiable reside, por consiguiente, en proyectos de refundación y regeneración, como ese Movimiento por la Segunda República Argentina que Vázquez-Rial cita entre las soluciones más sensatas, pero que asimismo requieren más esperanza y también más paciencia. Mientras tanto, a la hora de asumir los síntomas de inviabilidad social, surge lo que él denomina una épica de la frustración, acorde con el sentimiento de fracaso por no haber aprovechado las innumerables posibilidades que, al menos en el plano teórico, debieran beneficiar a los argentinos. Así es la naturaleza humana cuando los tiempos abandonan su buen cauce. Al final, la diagnosis se vuelve confidencia. Quiere esto decir que el autor explora con lucidez todos los factores que concurren en este fatal determinismo, y descubre entre ellos el hecho de que Argentina «imagina media docena de pasados distintos, ninguno de los cuales coincide siquiera mínimamente con los hechos, como se demuestra cuando los lectores van a votar a Perón y a Evita sin importarles que estén muertos». Agrandando las

dimensiones del panteón, aparecen además dos lápidas: la de los grandes hombres muertos en el exilio y la de los desaparecidos, cuya búsqueda nos de indicios de otras patologías personales y políticas. En definitiva, cada quien afronta su zozobra doblado por el peso de la memoria.

Al trasluz de este velo mortuorio, la reflexión se agita en oscuro mar de fondo, y nos conduce hacia esas áreas perdidas, marginales, donde el progreso deja de expresarse. Lugares de la miseria, cuya población delata un problema social que hunde sus raíces en el siglo XIX. Y es que, según detalla Vázquez-Rial, fue erróneo llevar hasta la Argentina más mano de obra de la que resultaba necesaria. En contraste con ese aluvión migratorio –imprescindible para imaginar la nación– se sitúa el tránsito en sentido inverso. Con cierta pincelada, el ensayista explica las consecuencias de que 2.125.000 compatriotas intenten reconstruir sus identidades en el exterior. A la hora de compendiar la historia reciente, el libro abunda en argumentos inapelables. Tomemos algunos ejemplos: cuando Perón lanzó la consigna «alpargatas sí, libros no», fracturó en dos a la sociedad argentina. De hecho, a partir de 1945, el peronismo tomó el lugar que correspondía a la izquierda tradicional. Por otro lado, desde Videla hasta De la Rúa, existe una continuidad en la casta dirigente, lo cual confirma el

mayoritario colaboracionismo de los actuales políticos con los antiguos represores. Vista en una perspectiva que va más allá de sus atrocidades más divulgadas, cabe definir la dictadura argentina como un proyecto delictivo que hizo estragos en la economía nacional, y cual se vincularon cómplices internacionales que aún siguen obteniendo rentas del latrocinio.

En todo caso, aunque no hay lemas que valgan para discernir quiénes abrieron el foso, la simplificación resulta muy tentadora. Uno de estos desahogos es mencionado por Vázquez-Rial a propósito de aquella dictadura: «Pese a que el presidente Carter decretó el embargo comercial sobre Argentina por las reiteradas violaciones de los derechos humanos, y la Unión Soviética se esmeró por convertirse, y se convirtió, en el principal cliente exterior del país, los Montoneros (...) siguieron agitando el fantasma del imperialismo yanqui». Acaso, como dijo Tomás Eloy Martínez por boca de uno de los personajes de *Santa Evita*, a un olvido hay que oponerle muchas memorias, a una historia real hay que descubrirla con historias falsas.

Hondura y claridad de estilo son las virtudes predominantes de este ensayo, que en cada uno de sus apartados traspasa el límite en el cual una pesquisa periodística deja de ser coyuntural y admite el rango de las interpretaciones históricas más afinadas.

Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, Néstor García Canclini, Barcelona, Paidós, 2001, 346 pp.

Cuando Néstor García Canclini publicó hace una década la primera versión de su análisis, ya era evidente para él que los medios masivos, y en buena medida los estudios culturales, construyen una noción de lo popular que refleja la lógica plebiscitaria del mercado. De acuerdo con ese juicio, resulta explicable que, por vía de la estadística comercial, el rasgo afecte exclusivamente a aquello que es vendido en grado superlativo. Es más: ni el mercado ni los medios se atienen a lo popular como una tradición que permanece y es descifrada por la nuevas generaciones. Fruto de una consciente asunción del negocio global, la popularidad se explica como un índice y no como un legado. En esa línea, otro de los interrogantes que dominan las páginas de esta monografía, hoy actualizada, viene a ser planteado por el autor en los términos siguientes: ¿cómo se concilia expansión del mercado capitalista con la tendencia a formar públicos especializados en ámbitos restringidos? Por esa vía, hay un dato objetivo en el ensayo, y es que en las modernas sociedades democráticas el consumo constituye un plano esencial para fijar y notificar las diferencias.

Ya en este recodo de sus análisis, explica García Canclini por

qué los promotores de la modernidad sienten una creciente simpatía por referencias del pasado, como el arte premoderno y el popular. Incluso a la hora de fraguar símbolos de la identidad nacional, las vanguardias han mostrado este apego, en modo alguno ajeno a esa *hibridación* que el autor define con claridad. Se trata aquí de procesos socioculturales en los que «estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas». Para hacer inteligible semejante diversidad, el analista añade a la taxonomía de hibridaciones e intermedios tradicionales –mestizaje, sincretismo, creolización– dos nuevas recetas, fruto del impulso globalizador antes citado, que uniformiza esta red de traducciones: la *neohispanoamericanización* de América, propiciada por el ingreso de empresas españolas en un mercado emergente como el latinoamericano, y la *fusión interamericana*, o dicho de otro modo: la norteamericanización de esos mismos países. Todo lo cual es materia etnológica, en su grado más revelador, y también política, pues hablamos de poder y, como señala el autor, se trata de observar qué consecuencias tiene «pasar de una concepción vertical y bipolar a otra descentrada, multideterminada, de las relaciones sociopolíticas».

De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano, Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coordinadores), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Consejería de las Artes de la Comunidad e Madrid, 2001, 391 pp.

El modo en que los exiliados revitalizaron el mundo académico mexicano constituye, sin lugar a dudas, una admirable hazaña intelectual, y por ello sorprende la penumbra bibliográfica que domina su análisis, sobre todo en lo que concierne a la comunidad científica beneficiada por el régimen cardenista. Frente a este silencio de incomprensible carácter, el volumen coordinado por Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio propone una serie de aproximaciones, a cual más sugerente y documentada, en torno a los trasterrados españoles que pudieron prolongar su tarea en las aulas y laboratorios mexicanos.

El éxodo fue complejo, y hay que observarlo contextualmente. Tomás Pérez Vejo recorre la mitología referencial a la que tuvieron que acercarse los refugiados, y sus aportes a este repertorio simbólico, tan cargado de sobreentendidos, oscilante entre la hispanofobia y la hispanofilia. Una vez en materia, Miguel Ángel Puig-Samper Mulero conmemora el exilio científico especificando los avatares de *Ciencia*, una revista cuyo primer número apare-

ció el 1 de marzo de 1940. Los personajes que importan en su destino fueron Ignacio Bolívar Urrutia, quien fuera cabeza visible del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, y tres redactores destacados bajo la dirección de aquél, Cándido Bolívar Peiltain, Isaac Costero y Francisco Giral. También habla de Bolívar Urrutia el texto de Susana Pinar, quien asimismo esclarece, en todos sus extremos, la proyección mexicana de genetistas como Antonio de Zulueta y Bibiano Fernández Osorio-Tafall. Son modélicos a este respecto Odón, Rafael y Fernando de Buen, miembros de una ilustre saga de oceanógrafos que protagoniza el escrito de Salvador Sánchez Carrillo. Y otro tanto ocurre con un prehistoriador, Pedro Bosch-Gimpera, cuya herencia académica homenajea José Manuel Quesada López. Tales personalidades, como bien puede comprenderse, tomaron prestados los recursos académicos locales, y no es casual que prestasen servicio como profesores en centros de importancia, en los que introdujeron no pocas innovaciones. Tenemos así que, cohesionadas en torno al modelo educativo de la Intitución Libre de Enseñanza y la Junta de Ampliación de Estudios, algunas instituciones de sello ibérico proba-

ron su eficacia –y por qué no decirlo: su afirmación utópica– en tierra mexicana. A través de Beatriz Morán Gortari, es posible medir los méritos del Instituto Luis Vives, el Instituto Hispano-Mexicano Ruiz de Alarcón, la Academia Hispano-Mexicana y el Colegio Madrid. En paralelo, Silvia Figueroa, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz evalúan otros dos planes docentes, esta vez llevados a efecto en Morelia, capital del Estado de Michoacán: la Universidad de Primavera Vasco de Quiroga y la Escuela España-México, modelo esta última de la política educativa cardenista.

Más allá del ordenamiento científico y de su balance, Enrique Baena culmina el estudio concentrándose en la mitología cultural y poética del refugiado. Destaca así el articulista cómo los transterrados, al tiempo que ceñían vínculos entre ambos países, no mostraron vacilación a la hora de conservar y enriquecer el legado intelectual de aquella España que un día debieron abandonar por la fuerza. En verdad, hubo en ellos un sustantivo apasionado y trascendente, clave para fijar su identidad colectiva.

Guzmán Urrero Peña

El fondo de la maleta

Ortega, una vez más

Insisten las biografías de Ortega y Gasset en los recientes tiempos. A ellas se suma la debida a Javier Zamora Bonilla: *Ortega y Gasset* (Plaza y Janés, Barcelona, 2002, 652 páginas). El autor ha querido hacer, estrictamente, un relato de vida curricular, pública, intelectual. Las noticias íntimas han sido eliminadas y las privadas, reducidas al mínimo indispensable. Parecería que, de esta manera, el personaje se esfuma. Pero no es así. Zamora Bonilla, paciente y ordenado lector de los textos orteguianos (éditos, inéditos, entrevistas, cartas, periodismo, discursos) ha conseguido construir al Ortega de todos en calidad de persona tal como Ortega mismo concebía a la persona: un proceso contradictorio que se comparte con otros procesos contradictorios igualmente personales, en un tiempo y un espacio determinados.

Tal vez la contradicción que cabe insistir en calificar de personal, sea la que enfrentó al filósofo con el político. El primero se ocupa de lo intemporal, se ensimisma, busca la exactitud y vive en la incertidumbre que supone la búsqueda de la verdad. El segundo ha de resolver problemas fechados, suscitados por hombres concretos, se desvive y altera constantemente, debe deter-

minarse como si todo lo que hace fuera verdadero, entramado en la inexacta realidad de cada día.

En términos intelectuales, el conflicto se da entre razón y vida, entre la escisión que impone el acto de pensar y la unidad indiscernible que es la vida misma, la de cada cual, en la plebe de los minutos que gustaba de esbozar Ortega. Si hay una razón vital, si la medida de lo racional puede conciliarse con el flujo indefinido de lo vital, si la partición del juicio es compatible con lo único que es lo vivo, todo ello sólo puede darse en el escenario de la historia: el tiempo común de quienes son con los demás, escuchan a los demás e intentan entender lo que dicen y hacerse entender a sí mismos y por los otros.

A menudo se retrata a Ortega como paseante entre nubes, perdido en altas abstracciones que nada tienen que ver con la vida concreta de sus semejantes, en especial durante la dramática experiencia española que va de la Restauración a la posguerra civil. Zamora Bonilla, en cambio, lo describe «metiendo el pan en todas las salsas», fascinando por eso que decía repelerlo, la concreta cotidianeidad de la vida política. Y, en esa medida, es notable encontrar en las propuestas de Orte-